

tristeza los instrumentos de que se vale y no la muerte misma. En esta afirmación, sólo la primera parte es exacta, esto es, que los instrumentos de la muerte eran odiosos á los antiguos. Muy numerosos son, dice Luciano, los instrumentos de la muerte; lo son la fiebre, la tisis, la cuchilla, los bandoleros, la cicuta, los tiranos. Ellos se apoderan del hombre, oyéndose por todas partes suspiros y lamentaciones. ⁽¹⁾ Un espíritu más reflexivo, el más insignificante de los trágicos griegos, también llama á la peste—que es uno de los medios con que la muerte busca sus víctimas— el más odioso de los males que conoce. ⁽²⁾ Esto es tan evidente, que resultaría inútil perder el tiempo con ese tema.

Pero examinemos más detenidamente lo que los paganos pensaron de la divinidad hacia la cual la muerte los conducía. Tenían por soberano del reino de la muerte á Adés ó Plutón, rey abominable, ⁽³⁾ terrible y salvaje, ⁽⁴⁾ príncipe implacable, ⁽⁵⁾ el más odioso de todos los dioses, ⁽⁶⁾ y, según dicen los antiguos, aquel cuyo solo nombre hiela de espanto. ⁽⁷⁾ A su lado está como reina del averno Persefone ó Proserpina, de la que no es lícito pronunciar el nombre. ⁽⁸⁾ También se llama Hécate. Su aspecto es terrible, su estatura llega á medio estadio; en la mano izquierda lleva una antorcha y en la derecha una espada de veinte metros de largo; serpientes por pies, y por cabelleira víboras que se enroscan alrededor del pecho y del cuello; al andar, sus pasos hacen trepidar el suelo como sucede en los terremotos, ⁽⁹⁾ no pisa más que los lugares donde el sepulcro exhala sus fétidos olores ó aquellos en que se coagula la sangre negra; ⁽¹⁰⁾ hasta los perros huyen

(1) Lucian., 12, 17.

(2) Sófoles, *Æd. R.*, 27 y sig.

(3) *Iliad.*, VIII, 368.

(4) Bion., 1, 52.—(5) *Ibid.*, 8, 3.

(6) *Iliad.*, IX, 159.

(7) Hesiod., *Op.*, 153 (Lehrs).

(8) Euripid., *Helene*, 1307 (Fix); *Fragm.*, 67, (Wagner).

(9) Lucian., 52, 22. Apollon. Rhod., *Arg.*, 3, 1214 y sig.

(10) Teócrit., *Id.*, 2, 12.

aterrados cuando se acerca. ⁽¹⁾ Poca inteligencia se necesita para comprender el estado de ánimo con que los paganos debían recibir la muerte, al presentarse como mensajera de esta divinidad siniestra.

Añádase á esto la comitiva de vampiros que constituía la corte de estos dioses; las Furias, Larvas, Lemures, los esqueletos y espectros, ⁽²⁾ de aspectos horribles, ⁽³⁾ con alas de murciélago, ⁽⁴⁾ temibles garras, ⁽⁵⁾ y rechinamientos de dientes, ⁽⁶⁾ el sucio Caronte con la cabellera erizada y el Cancerbero con sus tres ó cincuenta cabezas, en las que, á modo de pelos, lleva silbantes víboras y en lugar de cola un venenoso dragón. En verdad que los paganos habrían tenido un gusto algo raro, si, según nos los pintan nuestros humanistas, acogiesen con júbilo á la muerte que les convidara á trabar conocimiento con tan hermosa sociedad.

A esto se añade el sitio que había de ser su patria, el Erebo, el Adés ó el Orco. Según la idea que de él tenían los antiguos, era un vasto subterráneo, envuelto en tinieblas; ni un rayo de sol penetraba en él; ⁽⁷⁾ creían que todo allí era amargo. ⁽⁸⁾ Ese lugar tenebroso, rico en suspiros y lamentaciones, ⁽⁹⁾ que sólo pide el asesinato y la muerte, ⁽¹⁰⁾ estaba envuelto en horrible noche eterna. ⁽¹¹⁾ Ya el nombre de los ríos que lo atravesaban indica lo que había de juzgarse de él. ⁽¹²⁾ Allí el Cocito, río de lágrimas, el Piriflegeton, río de fuego, y más que todos, la Estigia, odiosa y detestable laguna que inspira terror á los mismos dio-

(1) Teócrit., *Ibid.*, 2, 13. Virgil, *Æn.*, 6, 257.

(2) Séneca, *Ep.*, 24, 18. Petron., *Sat.*, 34. Lucian., 10, 25, 2; 28, 1; 11, 15.

(3) Müller-Deeke, *Etrusker*, II, 103, 109 y sig.

(4) Horac., *Satir.*, 2, 1, 58.

(5) Séneca, *Hercules furens*, 2, 555.

(6) Silio Italic., *Bell. punic.*, 13, 561.

(7) Lucian., 50, 2.

(8) *Scholia in Theocrit.*, 15, 94.

(9) Sófocl., *Æd. R.*, 29 y sig.

(10) Sófocl., *Æd. C.*, 1689. Euripid., *Alc.*, 225.

(11) Sófocl., *Trach.*, 501.

(12) Lucian., 50, 3.

ses. ⁽¹⁾ Por él hacían sus más solemnes juramentos; ⁽²⁾ y hasta vendrían á ser víctimas de la muerte si faltaban á ellos. ⁽³⁾

En este lugar, pues, donde en los casos más favorables moran los muertos, sin dolor, ⁽⁴⁾ es cierto, pero sin honor, ⁽⁵⁾ sin alegría y sin conciencia de lo que hacen, ⁽⁶⁾ aun cuando se libren de los horribles tormentos reservados á los impíos, no son más que sombras, ⁽⁷⁾ ilusiones falaces, ⁽⁸⁾ sueños, ⁽⁹⁾ ó semejantes á la humareda que se disipa; ⁽¹⁰⁾ tienen las cabezas vacías, ⁽¹¹⁾ incapaces de proferir una palabra; su lenguaje es un horroroso silbo; ⁽¹²⁾ cuando se juntan muchos, hacen un ruido tal que se huye con horror. ⁽¹³⁾ Los más dichosos, los que por ilustres acciones realizadas en la tierra eran llamados príncipes de este reino, sentíanse tan abandonados, tan desolados, que preferían muchísimo más vivir en la tierra como simples aldeanos, ó de criados en casa de un hombre pobrísimo, á reinan en esta morada. ⁽¹⁴⁾

Verdad es que los antiguos hablan con frecuencia de la paz y del reposo de la muerte cuando les asalta el dolor y la impaciencia, mas ya se comprende el valor que puede concederse á estas expresiones proferidas en un momento de malestar; de igual manera, el que cae en el mar desea ser devorado por los tiburones para morir de ese modo más pronto. Pero profundizando en este pensamiento, se oye decir: «Déjame en paz con tus palabras de consuelo sobre la

(1) Hesiod., *Theog.*, 775.

(2) *Iliad.*, XV, 38; *Od.*, V, 186.

(3) Virgil., *Æn.*, VI, 324.

(4) Sófocl., *Trachin.*, 1173. Euripid., *Troad.*, 602 y sig., 633.

(5) Mosco, 3, 104.

(6) Eurip., *Heracl.*, 592. *Il.*, XXIII, 104; *Od.*, XI, 476.

(7) Σχολ., *Od.*, X, 495.

(8) Ειδωλα., *Od.*, XI, 476.

(9) *Od.*, XI, 222.

(10) *Il.*, XXIII, 100. Virgil., *Æn.*, V, 740.

(11) 'Αμενηνά χάρηνα, *Od.*, X, 521, 536; XI, 29, 49.

(12) Τριξειν, *Il.*, XXIII, 101; *Od.*, XXIV, 5.

(13) *Od.*, XI, 43 y sig.

(14) *Od.*, XI, 489 y sig.

muerte». ⁽¹⁾ Se nos dice que la muerte es el mejor remedio de todos los sufrimientos, exclama Macaria, la hija de Hércules, en el momento de ofrecerse generosamente, en la flor de su juventud, como víctima por los suyos; sin embargo, esto sólo es cierto en el caso de no haber nada allá abajo, pues si allí también nos aguardaran sufrimientos á las víctimas de la muerte no sé ciertamente lo que haría. ⁽²⁾ Alcestes emplea el mismo lenguaje cuando consiente en morir por su marido. ⁽³⁾ Pues entonces ¿cómo los que no se ofrecían voluntariamente en sacrificio, sino que eran destinados á una muerte sin honor por mano de médicos ó magos, podrían hacer más agradable esta idea?

Queda visto lo que los antiguos pensaban de la muerte; no es posible, como dice el Apóstol, ⁽⁴⁾ tener de ella ideas menos consoladoras ni más desesperadas. Las siguientes palabras de Ifigenia espresan el sentir de toda la antigüedad: «En las moradas subterráneas todo está vacío. Insensato es quien desee morir; es muy preferible una vida desgraciada á la más gloriosa muerte». ⁽⁵⁾

Se objeta que era muy corriente entre los paganos representar la muerte bajo la imagen del sueño, presentar á veces en forma amable los dioses mismos del Infierno, ⁽⁶⁾ y aun dar al dios de la muerte igual forma que al dios del amor. ⁽⁷⁾ Todo es cierto, pero muy fácil de explicar. Aquella generación, que tenía horror á la muerte, procuraba alejar de ella y de sus consecuencias todo pensamiento demasiado serio; esta generación fué la que con el fin de suprimir la idea de una falta y un castigo, no designaba ya á las diosas de la venganza con el nombre de Furias, sino con el de Euménidas, esto es, benevolentes; esta misma generación era la que evitaba pronunciar el nombre de la terrible Hé-

(1) *Od.*, XI, 488.

(2) Euripid., *Heraclidæ*, 593 y sig.

(3) Euripid., *Alcestis*, 168, 176 y sig., 182.

(4) I Thess., IV, 12.

(5) Euripid., *Iphtg. Aul.*, 1250 y sig.

(6) Pausanias, I, 28, 6.

(7) Furtwängler, *Idée des Thodes*, 295.

cate diciendo en su lugar: la ilustre, ⁽¹⁾ la bella hija de los infiernos. ⁽²⁾

Mas ¿á quién ha de engañar tal disimulación del verdadero sentir? ¿Por qué Goethe evitó tan cuidadosamente la palabra *morir* diciendo simplemente: La pobre Julia abandonó la escena del mundo; la ausencia de mi hijo me entristece? ⁽³⁾ Por la misma razón que la joven, temblando al encontrarse extraviada en la selva, dice al carbonero ennegrecido por el humo: «Por favor, buen hombre, indicadme el camino»; por la misma que el hidalgo que encuentra en sitio solitario á un bribón harapiento con un garrote, se quita de lejos el sombrero y le pregunta con aire de interesarse por él: «Buen amigo, ¿de dónde venís? ¿cómo estáis de salud?» En la literatura se llama á esto eufemismos, pero nadie pondrá en duda que son hijos del miedo.

Y así es. Por consiguiente, en todas las lenguas y en todos los tiempos nos encontramos con la ley psicológica de dar á las cosas desagradables, á las que más se detesta, á las que se teme más, á los animales peligrosos, á enfermedades terribles, un nombre que las haga menos horrorosas. En varios países, el pueblo llama comadre á la peste, señora á la gota, ⁽⁴⁾ bendito al sarampión, y bienaventurada á la apoplejía, pero nadie deducirá de esto que esas gentes tengan especial predilección por la peste ó un deseo ardiente de sufrir un ataque de gota; precisamente es lo contrario. Lo mismo ocurre cuando el indio habla del tigre, ó el negro del león, empleando siempre términos de veneración y ternura. Durante la Revolución francesa, se convidaba á comer al verdugo y se llamaba á la guillotina *señora ó mi santa*; se llevaba su imagen en los pendientes, y en las botonaduras de las camisas; se la grababa en los sellos como escudo de armas, se colocaba como objeto de

(1) Hesiod., *Theog.*, 768.—Euripid., *Orest.*, 963 y sig.

(2) Düntzer, *Frauenbilder aus Goethes Jugendzeit*, 205, 403.

(3) Grimm, *Deutsche Mythologie*, (3) II, 1106, 1109 y sig.

(4) Scheneller-Frommann, *Bayer. Wörterb.*, I, 965; II, 250, 252.

arte para adornar la chimenea; ⁽¹⁾ se celebraba á Robespierre como puro espíritu, terrible creador, dios soberano que todo lo veía y sabía. ⁽²⁾ Todos adivinan sin largas reflexiones el verdadero motivo de estas ternuras.

No creemos, pues, engañarnos ni cometer una injusticia considerando estas expresiones y lisonjeras imágenes que los antiguos consagran á la muerte, sólo como señal del miedo que le tenían. ⁽³⁾ Hablan con gusto de los consuelos de la muerte, de la redención de todos los sufrimientos mediante el sueño de la muerte, y vemos que de esa tan celebrada serenidad de vida de los antiguos nada queda cuando se la examina de cerca, y que, si los paganos encontraron dura é intolerable la vida, encontraron aun más duro que nosotros los cristianos el perderla.

Para nosotros no es este sueño más que el fin de nuestras penas, el término de la separación en que estamos de nuestro Padre y á la vez el despertar á una nueva vida eterna y á una actividad más sublime. Para ellos es el fin de la vida y, por lo mismo, de toda felicidad; ⁽⁴⁾ es un sueño de duración aterradora, sin fin ni despertar. ⁽⁵⁾

Se comprende que la idea de la muerte presentada bajo la imagen del sueño no podía proporcionar grandes consuelos á los antiguos. «El sueño y la muerte son hermanos, dice Hesiodo, pero de índole muy diferente: El sueño recorrerá la tierra y la superficie del mar derramando sobre los mortales el silencio y el reposo. La muerte es tan dura como el mármol de los sepulcros; su corazón es de bronce, coje al hombre y no le suelta nunca; es aborrecida hasta de los dioses». ⁽⁶⁾

Por esto, cuando los antiguos querían representar juntos el sueño y la muerte, pintaban dos niños descansando en el regazo de su madre, la Noche; el uno blanco, dulce-

(1) Gaume, *Die Revolution*, IV, 206.

(2) *Ibid.*, IV, 257, 260 y sig., 262, 264.

(3) Meursius, *De funere*, c. 1 (Gronov., *Antiq. gr.*, XI, 1285).

(4) *Anthologia Palatina*, 7, 685, 1.

(5) Moschus, 3, 105.

(6) Hesiod., *Theogon.*, 758, 764 y sig.

mente dormido, el otro negro, con las piernas convulsivamente extendidas como las del que hiela el miedo de la muerte: ⁽¹⁾ dejemos á Lessing el fácil consuelo de explicar esto en el sentido de que se ha querido representar la muerte en una actitud cómoda, con las piernas cruzadas. ⁽²⁾ Después de las consideraciones hechas, si hay alguno que aun crea que los antiguos encontraban agradable la muerte, no discutiremos con él para saber si al morir se tornaron rígidos y yertos ó si tomaron una postura cómoda. Sabemos á qué atenernos en este punto.

7. El desprecio de la muerte entre los filósofos provenía de su temor hacia ella.—Este audaz desprecio de la muerte, por el que se distinguieron algunos filósofos, especialmente de los últimos tiempos del paganismo, no es más que una contradicción aparente del temor general que aquélla inspira. Nos encontramos en primer término á Lucrecio, ⁽³⁾ el cantor del epicureísmo y de la incredulidad, á Cicerón ⁽⁴⁾ y á Séneca, ⁽⁵⁾ después á Epicteto y á Marco Aurelio. Tratan principalmente de suprimir el temor á la muerte, luchando contra la opinión de que hay en ella algo más que la disolución del animal. «Si por esta razón se tuviese á la muerte por un mal y se la temiese, la vida sería entonces una verdadera tortura, puesto que, dice Cicerón, ⁽⁶⁾ cada día debemos esperar la muerte». «No debe, por consiguiente, verse en ella más que una disposición natural, ni debe considerársela como un castigo». ⁽⁷⁾ «Lo mejor, cree Lucrecio, es armarse contra todas las ideas tristes, con este principio: La muerte no es nada y sus terrores no deben hacernos mella. Así, cuando nuestra vida se extinga, cuando la muerte haya separado los principios cuya

(1) Pausanias, 5, 18, 1.

(2) Lessing, G. W. (Leipzig, 1855), V, 286.

(3) Lucrec., III, 842 y sig.

(4) Principalmente en el primer tomo de *Tusculanas*.

(5) Séneca, *Ep.*, 26, 30, 36, 61, 69, 77, 78, etc.

(6) Cicerón, *Tuscul.*, I, 5-7.

(7) Séneca, *Consol. ad Helv.*, XIII, 2. Cicerón, 4, *Catil.*, 4, 7. César, en Salustio, *Catilina*, 51.

unión constituye nuestra existencia, seremos libertados de los caprichos de la suerte: ¿qué digo? ya no seremos nada; y nuestro sentimiento no será conmovido ni aun por la destrucción de la tierra, los mares y los cielos». ⁽¹⁾

Ciertamente, las palabras de estos espíritus despreocupados no carecen de valentía, ó, al menos, de rudeza. ¡Si por lo menos hubiesen dado al mundo consuelo, fuerza y energía! Pero tememos que muy poco de esto le prestaron. Séneca, uno de los que más se esforzaron en despojar de todo terror la muerte, después de habernos hablado, hasta la saciedad, de la insignificancia de la muerte, concluye de este modo: «He aquí mi última palabra, el resumen de todo mi saber. Si hasta hay niños é insensatos que no temen la muerte, tampoco debe el filósofo temerla, pues sería vergonzoso que la razón no nos diera igual seguridad que la que los insensatos sacan de la locura». ⁽²⁾

¡En verdad que es este un curioso consuelo y una filosofía rara! Si un moribundo, en vez del confesor, tuviese junto á su lecho á uno de estos buenos filósofos, quien para enjugar el sudor frío que baña la frente del enfermo le dijese esta frase insípida: «Querido amigo, muere en paz, pues ni el loco tiene miedo á la muerte; el niño se extingue sin vacilar, el loco se precipita riendo en el precipicio; haz como ellos»; ⁽³⁾ preguntamos: ¿Qué pensaría aquel desgraciado? ¿No se diría á sí mismo: ¿acaso quieres burlarte de mí en el extremo peligro en que me encuentro, ó quieres burlarte de tu perversa sabiduría? ¿Acaso crees que la muerte no es aún bastante amarga para que quieras hacerla más con una chanza tan inoportuna?

Tal filosofía no es otra cosa que pura irrisión, y será posible con ella ocultar durante la vida el temor que se tiene á la muerte; pero cuando las cosas se ponen serias, todos pierden el deseo de hacer burlas indignas. ¿De dónde proviene el exceso de hermosas frases; el que, después de afir-

(1) Lucrec., III, 842 y sig., 852 y sig.

(2) Séneca, *Ep.*, 36, 12.

(3) Cicerón, *Nat. deor.*, I, 32.

maciones sin fin, teman no haber aún mostrado suficiente valor ante la muerte, ni menosprecio bastante, y vuelvan continuamente á empezar? ¿No es esta la señal más cierta del miedo? Esto chocó al mismo Cicerón, no obstante formar en esta compañía. Cree que hay dos cosas de las que ciertas gentes hablan demasiado para que no se conozca que las temen: Dios y la muerte. ⁽¹⁾ Aprender á despreciar la muerte, dice, no es muchas veces juego de niños. Hay que estudiarla desde la primera juventud y perseverar asiduamente en este estudio, pues si no, ningún hombre puede pasar la vida en paz. ⁽²⁾ Mas en esto también se equivocaba; nadie, aunque hiciera este estudio durante toda la vida, podría hallarse indiferente ante la muerte.

Y cuando podría servir de algo este llamado desprecio de la muerte, fácilmente desaparece. Uno de los mayores charlatanes del mundo, Carneades, dijo muchas veces que la muerte era de lo más sencillo que había; todo está, solía decir, en que la naturaleza me ha formado, y vendrá á recogerme. Pero cuando la muerte se le presentó, acabaron las fanfarronadas y procuró ocultar su miedo con una broma insípida. ⁽³⁾

El historiador Aulo Gelio ⁽⁴⁾ refiere que yendo una vez desde Casiope á Brindis, halló entre los viajeros uno que era estoico, profesor en Atenas, quien, desde su cátedra, mediante cuantiosos honorarios, enseñaba á los estudiantes de filosofía, entre otras cosas más útiles, así lo creemos, un completo desprecio á la muerte. De pronto estalla una violenta tempestad en el mar Jónico; Aulo Gelio, aunque en inminente peligro, no pudo resistir á la curiosidad de ver lo que haría entonces aquel valeroso héroe. Los demás, dice, con nuestro no filosófico temor á la muerte, dábamos gritos desgarradores cuando la tempestad se encarnizaba

(1) Cicerón, *Nat. deor.*, I, 32.

(2) *Ibid.*, *Senect.*, 20, 74. Lucian., 12, 17.

(3) Diogen. Laert., 4, 9, 64.

(4) Aulo Gelio, 19, 1.

con la nave; el estoico no hacía como nosotros, es cierto, pero cambiaba de color á cada momento y se nos parecía mucho por su aspecto alterado; todos notaron esto mismo. Calmada la tempestad, un asiático rico, de exuberante salud, no pudo menos de hacerle ésta pregunta: «¿Á qué se debe, ilustre profesor, que en la hora de peligro os hayáis vuelto tan tímido y tan pálido?» La respuesta fué digna del espíritu en que se inspiraba la doctrina del estoico y de su filosófico desprecio á los hombres y á la muerte. El profesor reflexionó primero bastante tiempo para saber si debía contestar á este profano; después dijo: «No eres digno de que te dé yo la razón de ello; un discípulo de Aristipo va á responderte en lugar mío. Cierta día, un hombre como tú preguntó á éste en parecida ocasión cómo era que tenía miedo, cuando él, que no era filósofo, nada temía. Es que hay, le dijo, una gran diferencia entre nosotros en la presente circunstancia; no faltaría más sino que un pigmeo como tú, que para nada sirve, fuese accesible á la emoción; en cuanto á mí, se trata de la vida de un filósofo ilustre y por tan precioso tesoro lícito es temblar un poco».

8. Las razones del pretendido desprecio de la muerte.—Tal expresión, con su grosería inhumana, nos permite echar una ojeada á la fuente de donde procede esta audaz filosofía. El cosquilleo del orgullo, la fatuidad de los que creen sobresalir de entre el vulgo de los hombres negando con arrogancia lo que éste admite sin duda, pero sin tener de ello una convicción filosófica, es lo que originó esa teoría predilecta del Humanismo como muchas otras. No es prudencia sino orgullo; hay en ello mucho más desprecio de los hombres que de la muerte. Por esto pierde su consistencia desde el momento en que la muerte empieza á mostrar que no halla gran diferencia entre los filósofos que de ella se jactan y la turba ordinaria.

Sí, tal sentimiento aparecerá siempre como muy poco sólido en presencia de los temores de la muerte. Nadie da gustoso y con alegría el mayor de los bienes exteriores, la